

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

Luisa Moreno de Sojo.

Ha muerto, se nos ha muerto... No encontramos palabras con qué expresar nuestra pena... Su recuerdo vivirá siempre en nosotros, morirá con nosotros... ¿Qué mayor prueba de lo mucho que la queríamos? Que nuestras lágrimas la sirvan de oración. Y que descansa al fin en la otra vida la que tanto sufrió en ésta.

Lloramos con usted, amigo Sojo.

A DIOS

Te llaman la miseria y los pesares,
¡hambre que gime! ¡cólera que estalla!
y en el rudo trajín de la batalla
tus hijos que se matan á millares.
Oficia la mentira en tus altares,
y gobierna tu pueblo la cañalla:
oye si no la voz de la metralla
que truena por la tierra y por los mares.
La dhainita á gritos te ha llamado.
—Nada hiciste al morir— grita iracundo
este mundo irredento y desquiciado.
¡Pide tu sangre; manantial fecundo!

¡Baja otra vez á ser crucificado!
¡Vuelve, Señor, á redimir el mundo!

MANUEL PASO

LA CRUZ

Muere Jesús del Gólgota en la cumbre
con amor perdonando al que le hería;
siente deshecho el corazón María,
del dolor en la inmensa pesadumbre.
Se aleja con pavor la muchedumbre,
cúmplida ya la santa profecía;
tiembla la tierra; el luminar del día,
cegado á tal horror, pierde su lumbré.
Se abren las tumbas, se desgarran el velo,
y á impulsos de su amor santo y fecundo
parece estar la Cruz, signo de duelo,
cerrando augusta con su pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando al mundo.

ANTONIO ALMENDROS AGUILAR

EL LEGADO DE CRISTO

I
En aquel tiempo, el niño Jesús regresaba del templo.

Había sido llamado por los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, quienes deseaban saber fijamente qué especie de individuo era aquel hijo de carpintero, ya célebre en los barrios extremos de la ciudad; querían ver de cerca si en efecto merecía su precoz nombradía, y qué conveniencia más, si seducir ó intimidar á sus padres, si captar aquella joven alma, destilando en ella la ambición—veneno fascinador—, el instinto de la dominación, el afán desmedido de barajar á los hombres... en una palabra, admitirle en alguna de esas escuelas del Estado en que el espíritu se afina y se deforma; donde los cerebros rebeldes, debilitados, domados, pagan con su independencia el éxito que les dejan alcanzar, aceptan el zarpazo de la rutina y se convierten, bajo la dirección de maestros hábiles, en admirables instrumentos de opresión contra su casta originaria. Le llamaron, pues.

Maria, la víspera por la noche, le ensortijó el pelo.

Dijole José dándole un beso:

—Niño, no hables demasiado; somos gente pobre...

Y Maria, aguja en mano, aprovechando aquella salida dominguera para remendar el vestido de diario, llegóse hasta la puerta de la tienda, acompañando á su hijo con la mirada mientras estuvo á su alcance.

En el camino, Job, el hijo del cordelero, y aquel granujilla Isaías, terror de las comadres llamaron al pequeño.

—Oye, Jesús, ¿te vienes á jugar con nosotros? Hay un nido en el jardín del prestamista, y tengo juguetes nuevos.

Jesús (pues no lo dice todo el Evangelio) titubeó un instante... ¡La cosa era tentadora! Pero á seguida repuso:

—No puedo. Me están esperando los notables para examinarme. Si me mancho la túnica, se disgustará mi madre, y si me quedo jugando por ahí, mi padre José se enfadará. Hasta luego.

—¡Mandria!—le gritó el desvergonzado Isaías.

Jesús, continuó su camino, entró en el templo, dejó asombrados á los doctores, y poco después bajaba de nuevo la imponente escalinata.

Había sorprendido por su extraordinaria inteligencia.

—Convendrá vigilarle—se dijeron; pero ninguno de ellos comprendió el éxtasis de su mirada, ni la dulce ironía de su sonrisa.

Para apreciar, preciso es comprender. Y además, eran todos demasiado vulgares; sus oídos estaban tapados por la cera del orgullo; sus ojos cegados por la contemplación de sí mismos; el cerebro anquilosado por una erudición sin ideal.

Llevábase Jesús una idea bien pobre de ellos: la de que sobre sus caras ostentábase la malicia como una flor.

De repente se acordó del nido del prestamista. Cuando un muchacho ha contestado bien y está contento de sí mismo, bien puede permitirse un ligero placer. A más de que por aquel medio impediría que Job ó Isaías maltratasen á los pajarillos. El sólo los mudaría de sitio á presencia de los padres, para que pudiesen éstos llevarles la comida; bastaba con despistar á aquellos mal intencionados.

En vez de tomar por la derecha, torció á la izquierda y llegó ante el vallado de la casa del viejo Sem, franqueándolo de un salto. Pero de repente detúvose avergonzado.

Una hermosa niña estaba junto al vallado. Tenía grandes ojos de gacela con puntitos de oro, y sus cabellos, largos y sedosos, negros como las tinieblas, caían sobre su cuerpo en una profusión de trenzas adornadas de hilos de perlas. Su vestido estaba bordado, y perfumes suavísimos exhalaba toda su persona.

Jesús se puso muy encarnado, sintiéndose pobre, creyóse feo y quiso huir. Pero ella le detuvo con ademán cariñoso:

—¿Quieres jugar conmigo? Soy la hija de Sem. Tengo collares, tengo pulseras... pero siempre estoy sola, ¡y me aburro tanto!

Tendíale ella las manos, y él las recibió en sus pobres zarpas de plebeyo, una de ellas señalada por una reciente cicatriz, un tajo de garlopa.

Pero mientras se miraban ingenuamente, algo tímido aún, una dura voz retumbó:

—¡Largo de aquí, granujal! ¿Dónde se ha visto que gentuza de esa especie entre en nuestros jardines! ¡A ver si cojo un garrote y te desnucó! Y tú, Meryem, adentro; mañana mismo te vas con tu tía á Betulia.

Era Sem, el usurero, el que roía el bien ajeno de toda la provincia.

Entonces Jesús echó á correr, ganó el campo, y dejándose caer en una zanja, lloró hasta el crepúsculo, bajo el desprecio de aquel mal hombre.

II

—Meryem, mujer mía; date prisa.

—¿Por qué Simón?

—Porque quiero darte una sorpresa, paloma.

No obstante, Meryem no se apresuró á alzar el pesado cortinón que separa la estancia privada del antro en donde todo el día, como la araña en su tela, está Simón, su viejo esposo... en acecho de los pródigos, de los jugadores, de los desgraciados. ¿Qué la querrá el viejo?

Mas con tanto oír sus voces, fuerza es contestarle. Un brazo desnudo levanta la antepuerta, y Meryem aparece, delgada como una liana, de una palidez de reclusa, ojerosa, con una mirada ardiente. Es tan linda en su lánguida fragilidad, que Simón golpea una contra otra, en señal de alegría, sus descarnadas manos de uñas corvas.

—Querida, ¿quién va á salir?

—¿Acaso yo?—dice ella, inercia.

—Sí, flor de mi alma. ¡Y á pie, de mi brazo, como todo el mundo!

—¿Qué es lo que ocurre... algún edicto?

—Nada, perla; sólo el deseo de agradarte.

Ambos echan á andar; él irguiendo su nuca

encorvada bajo su rica toga; ella como doblada bajo el peso de sus joyas, alzando apenas sus delgadas sandalias, adornadas de galón de oro, según moda romana. Detrás de ellos un criado lleva las capas, pues el viento refresca en cuanto se pone el sol... y la sangre de Simón está helada por la edad, y Meryem la bella, al igual de su madre, tosía.

—Pero ¿este es el camino del Gólgota?

—Sí, tesoro. ¿Ves esa mancha roja junto á esa piedra? Ahí cayó por quinta vez el bandido que te llevo á ver.

Han acabado de subir la colina. En un fondo sombrío destacan los tres cadáveres, con los dos cadáveres de ladrones; entre ellos alzabase la cruz del Nazareno. A sus pies, una ramera, una artesana de alguna edad y un hombre del pueblo, sollozaban arrodillados.

Y arriba, entre los cabellos rojos, que la sangre enrojece más, distinguense vagamente pupilas violáceas arrasadas de lágrimas y labios ensangrentados.

Meryem se ha estremecido... de piedad, de espanto, de otra cosa también. ¿Dónde, en que ensueño ha fijado su mirada aquella otra mirada? ¿Cuándo sus manos han estrechado aquellas manos amigas cuyas desgarraduras sentía en sus propias palmas? Una idea frunce su frente; todo su ser ansia la solución del problema.

En tanto, elevase la voz de Simón, aguda, neta, en el pesado silencio, y dice:

—¡Helo ahí al jefe de los rebeldes, al apóstol de las reivindicaciones, al que quería reglamentar el interés del dinero y detener el curso de los negocios; despojarnos, robarnos, matarnos! Mirale, mira bien, querida, á ese profeta de mal agüero, falso Mesías, que quería arrancar los collares de tu cuello redondo y de tus brazos flexibles los brazaletes. Y mira esa chusma, esas mujeres, ese vago... Pues qué, ¿no deberían haber sido ajusticiados también si tuviese energía el gobierno?

Meryem temblaba, convulsa, rígida y con las manos extendidas hacia Jesús. Pero Simón, iracundo, ebrio de furor, nada veía.

—Ya se te acabaron—vociferaba dirigiéndose á Jesús—aquellas correrías por toda la Judea, con tu séquito de malhechores, tu horda de vagabundos que nos obligaba á multiplicar los cerrojos, los perros de guarda y pasar noches en angustiosa vigilia. Ya se acabaron tus predicciones arrojadas que trastornaban los cerebros de los débiles, despertando en ellos sed de pretendidos derechos. ¡Al estercolero, criminal! Nosotros triunfamos, ¿oyes? Tu obra es abominable, las autoridades persiguen á tus discípulos para matar de raíz tu doctrina. Los pobres serán siempre los pobres, y tu justicia no pesa más, mira, no pesa más que este canto.

La piedra silbó, describió una curva y fué á estrellar de escarlata la frente del crucificado.

Un débil gritó contestó, y Simón, el usurero Simón, espantado, vió que su mujer, Meryem, extática, desprendida de sus orejas los pesados zarcillos, quitaba de las sienes el círculo de gemas, desataba de su cuello, de sus muñecas y de sus tobillos los preciosos anillos de oro labrado...

Al mismo tiempo, como una música, las palabras de Meryem, lentas y armoniosas, sucedieron á las imprecaciones. Meryem la bella decía:

—Niño de antaño, con quien no pude jugar porque tú eras pobre y yo era rica; joven al que nunca pude ver pasar, porque la sola vista de semejante culpable era un oprobio; enemigo de mi raza, amigo de los hambrientos, de los oprimidos, de los esclavos, de los explotados, de aquellos á quienes me han enseñado á despreciar, ¿quieres mi alma? Abdico de cuanto me separe de tu voluntad. Mis joyas cubren el suelo; mira mis pies desnudos sobre las piedras que regó tu sangre... Y ni siquiera siento ya orgullo por mi virtud, puesto que me inclino ante esa pecadora cuya cabellera limpió tus plantas. ¿Quieres mi alma?

El viejo Simón se abalanzó terrible.

—¡Adúltera! ¡Infame! ¡Haré que te juzguen!

Haré que te castiguen!

—Ya no es tiempo—dijo ella.

Dobláronse sus rodillas, y á poco todo su cuerpo quedó tendido en el suelo. Sobre sus negros cabellos algunas gotas de sangre cayeron como

lágrimas purificadoras de un bautizo... Y expiró en una sonrisa. Entonces Simón, loco de desesperación, gritaba:

—Pero ¿quién es éste? ¿Qué hechizo es el suyo? ¿Qué legado deja al mundo?

Desde lo alto de la cruz, en lontananza, bajó la respuesta.

—¡No trates de comprender, oh, pecador endurecido! ¡He seducido por la miseria, la fealdad, el dolor, el mal, cuanto repugna, cuanto espanta, y lego á todos los que sigan mi ejemplo y cumplan mi ley, defendiendo á los despojados de este bajo mundo, mi parte de ultrajes, la herencia de mi baldón, la eterna infamia!

MADAME SEVERINE

RELIGIÓN Y POLÍTICA

Asistid un domingo en Inglaterra á los oficios de un templo protestante. La casa de Dios es un recinto sencillo, severo, desnudo. Entre aquellas cuatro paredes, desprovistas de ornatos y símbolos, se congrega una concurrencia seria, austera, recogida. Cada uno de los fieles, absorbe el alma en la contemplación de las cosas divinas y eternas, mira para dentro. Veréis luego destacarse ante el concurso la figura de un *elegyman* vestido de negro, sin señal ni distintivo alguno que exteriormente le diferencie de cualquiera de los otros *gentlemen*.

Aquel hombre dirigirá su palabra á los asistentes, entre los cuales se encuentran acaso su esposa y sus hijos. Y no oiréis salir de sus labios diatribas, excomuniones, amenazas, protestas contra lo existente, maldiciones al siglo, execraciones de las ideas dominantes, panegíricos apasionados de tiempos y cosas que fueron, disertaciones teológicas ó declaraciones dogmáticas. Os hablará del bien, de la virtud, del deber, de la santidad de la ley moral, de la necesidad de reprimir y sojuzgar las pasiones, de las obligaciones que á cada cual incumben, según su estado y condición; de todas las cosas altas, nobles y serias de la vida. Terminada la plática, los oyentes saldrán del templo reflexivos y edificadas, como quien acaba de oír, exteriorizada, la voz de la conciencia propia.

Acudid luego en España á una solemnidad religiosa. El templo es acaso una de esas maravillas del arte, verdaderos milagros de la fe, que engendraron un tiempo el genio del cristianismo. Sube al cielo la ojiva como buscando el infinito. El crucero audaz se pierde en las alturas. La luz indecisa alumbra vagamente el recinto, convertida en iris mágico al atravesar los coloreados ventanales. El órgano hace oír su voz robusta, á veces remediando las melodías de coros angélicos, otras recordando el trueno del Sinaí ó el clamor de la trompeta fatídica que ha de despertar á los muertos del sueño del sepulcro. Nubes de incienso oloroso se elevan en los aires. Las imágenes, obra de pincel genial ó rodigo de inspirado cincel, reciben con inmóvil majestad los homenajes de los fieles. Hay allí una multitud pasmada, hipnotizada por las suntuosidades de un culto en que nada se ha omitido de cuanto puede cautivar los sentidos y suspender la fantasía.

Un hombre, revestido con el traje sacerdotal lleno de augusta simbolismo, ocupa en lo alto la cátedra del Espíritu Santo. Habla, y ¿qué dice? Nueve veces de cada diez no oiréis salir de los labios la exhortación moral llena de ternura y unción. Aquel sacerdote maldice del siglo, abomina de lo presente, echa de menos lo que fué. Cada palabra suya es una protesta; cada ademán un anatema. Si nombra á Dios será para ponderar lo inexorable de sus justicias. Si invoca al cielo será para demandar el rayo vengador que ha de aniquilar y reducir á polvo á los enemigos de la Iglesia. Os hablará del pecado horrendo del liberalismo, de las abominaciones de la masonería. Evocará todas las iras celestes para descargarlas sobre las cabezas de los impíos detentadores del patrimonio de San Pedro. Atribuirá todas las desgracias públicas y privadas á sanciones providenciales merecidas por la piedad. Pedirá el exterminio de la herejía. Acriminará á los gobiernos incrédulos que mantiene la intolerancia. Recordará con fruición los tiempos de las precauciones dogmáticas. Excitará á los fieles á no tener con los herejes comercio alguno humano. Y al

DON QUIJOTE

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



Vega Armijo.—¡Me parece que no voy á poder cargar con ella!



Canalejas antes y después de la crisis.



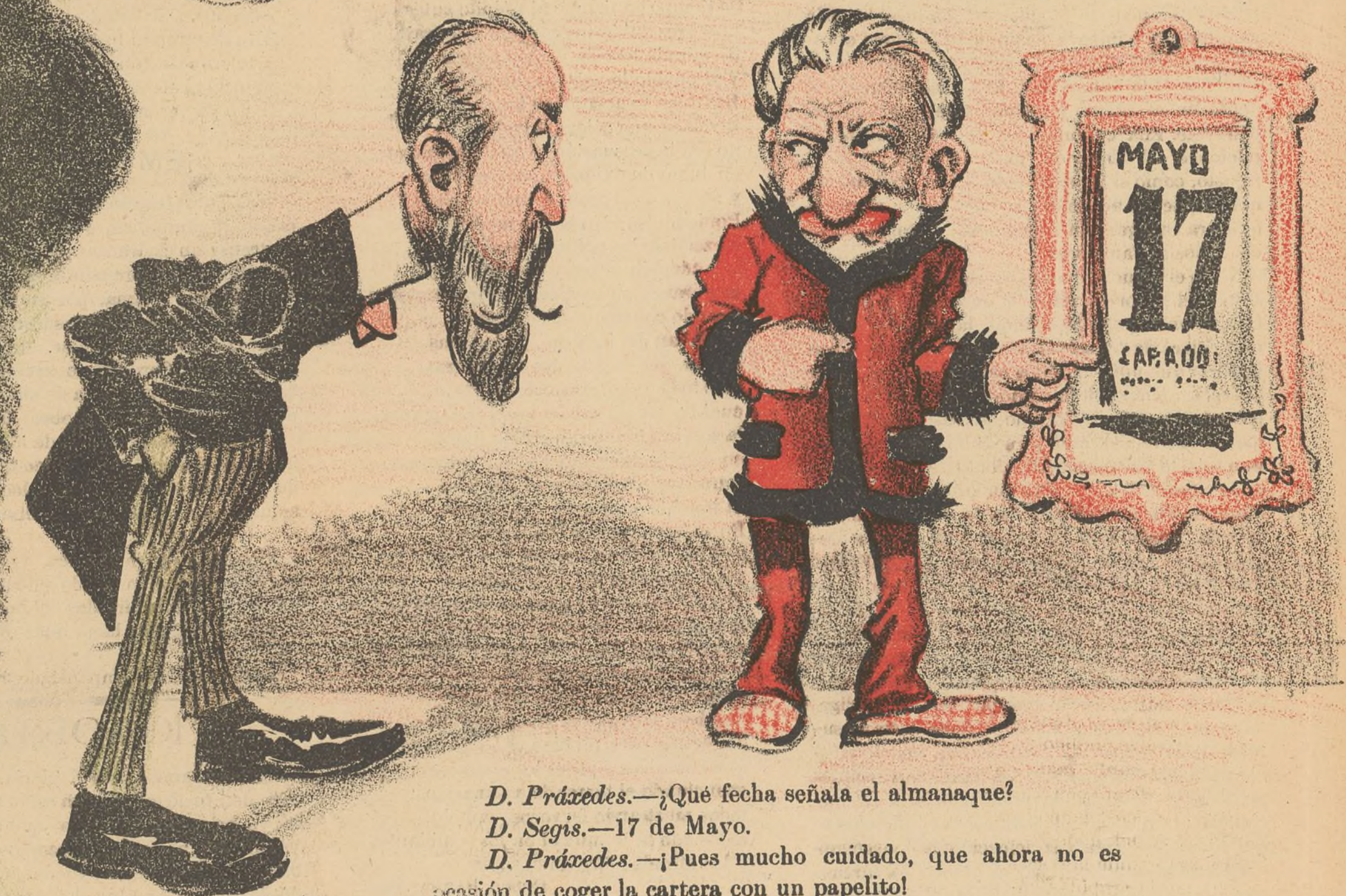
¡Verdad, D. Práxedes, que se impone la fijación de este cartelito?



¡También se ha dejado crucificar este año!



Los carlistas.
Como se entienden el padre y el hijo.



D. Práxedes.—¿Qué fecha señala el almanaque?
D. Segis.—17 de Mayo.
D. Práxedes.—¡Pues mucho cuidado, que ahora no es ocasión de coger la cartera con un papelito!



Y siguen riéndose del Gobierno.

dejar el templo saldrán los oyentes agitados, inquietos, llenos de escrúpulos y celos, con el odio en el corazón y propensos a la discordia.

¿Qué se sigue de tal contraste? ¿Mantendremos nosotros la superioridad intrínseca, substancial del protestantismo sobre el cristianismo tradicional y ortodoxo? No es eso. Es que el espíritu nacional, el genio de la raza, al asimilarse una y otra creencia, las ha revestido de carácter opuesto. La religión sajona es toda ella interior, asunto del espíritu, de índole esencialmente moral; la religión latina es toda externa, asunto social, de índole esencialmente política. La una procede de adentro afuera; la otra de afuera adentro. La una se forma por *intuscepción*; la otra por *gustaposición*. La una todo lo fía en las internas virtualidades morales; la otra es la eficacia de las exteriores coacciones. Aquella se esfuerza por modelar la estatua anímica; ésta pone todo su empeño en sojuzgar a la sociedad.

De este carácter exteriorista del fin religioso derivan los mayores males. La mixtura de la religión y la política es una de las más grandes de las calamidades que pueden afligir a un pueblo. Ella profana la fe y perturba el Estado. Ella introduce la guerra civil en la sociedad, en la familia, en la conciencia. Ella hace a Dios tomar partido en las contiendas de los hombres. Ella proscribiera la racional y necesaria libertad del pensamiento como pecado y maldición. Ella impone la intolerancia como un deber y enciende las hogueras de la Inquisición con la lámpara del santuario. Ella trueca en irreconciliables los odios y reviste el rencor de la nota de perdurable. Ella santifica los crímenes de la maldad, como obras de santo celo. Ella rompe entre los hombres los vínculos de la humanidad. Ella hace adorable el delito en el adepto y despreciable la virtud del disidente. Ella confunde en las conciencias las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, como si Dios, irritado de la profanación que implica el abuso que se hace de su nombre, quisiera castigar con la ceguera moral la audacia de los profanadores.

No es el menor de todos estos males el que resulta del divorcio entre la moral y la piedad. Cuanto más política se haga la religión, tanto más dejará de ser salvaguardia de la moral. Poco importa que unos cuantos padres de almas ó de cuerpos anden por ahí moralizando al mundo por ministerio de los promotores fiscales, contentos cuando han logrado perseguir la infracción de uno solo de los diez mandamientos. A despecho de estos moralistas de papel sellado que sufren la pudibunda obsesión de los pecados de la carne, la sociedad por ellos defendida, a ojos vistos se degrada y se corrompe. Con una reacción religiosa que tiene pocos precedentes, coincide una degeneración moral que tiene pocas semejantes. Mientras el beatismo lo invade todo, y el territorio se puebla de conventos, y por todas partes se advierte el recrudescimiento de las externas devociones, y el Estado mismo se ve dominado por la mojigatería, y el poder público se hace esclavo sumiso de la imperante gazmoñería, una corrupción sin nombre mancha las relaciones sociales privadas y públicas; la política es feria de conciencias; la rectitud, el desinterés son tildados de quijotismo; se premia la defección; la consecuencia causa risa; la probidad es blanco del sarcasmo; sirve la palabra para disfrazar el pensamiento; se declara al fraude, incurable enfermedad nacional; la riqueza es la presa de la audacia; la familia se disuelve; cada individuo, disgregado de todo vínculo colectivo, se considera a sí propio como centro de la realidad; todo interés generoso, toda alta aspiración ideal, sucumben ó se desvanecen; una escéptica indiferencia esteriliza en las propias venas de la juventud la savia de la vida; el más grosero y torpe egoísmo señorea y avasalla las conciencias. No importa que un hecho no dependa del otro como la causa del efecto. Basta la evidente coincidencia, la concomitancia innegable de ambos fenómenos, para demostrar que la reacción religiosa, con su sentido exteriorista, formalista, ritual, político, si no ayuda ella misma a la decadencia de las costumbres, cuando menos es absoluta y radicalmente impotente para contenerla y remediarla.

Por lo mismo que el ideal religioso es tan alto, su misión social tan decisiva, su eficacia moral tan honda, y en muchos, los más de los espíritus, única é insustituible, por eso mismo han de dolernos más los extravíos que tuercen y perturban su acción. Por eso mismo no podemos menos de contemplar con evidencia a esas naciones venturosas donde el nombre de Dios no es enseña de reacción, ni bandera de partido, ni lábaro de discordia, ni título que invoque la intolerancia, ni civil estandarte prestigioso que se disputen las fracciones; donde la fe no levanta entre los hombres barreras insuperables, ni sirve para abominar del presente, ni para alentar la loca esperanza en la resurrección de un muerto pasado, donde el clero no odia, no execra, no anatematiza, sino exhorta, enseña, dirige, ilustra, consuela; donde la Iglesia, sin ser política, se convierte por la sola virtud de su función moralizadora, en un elemento vivo del orden social y en un factor in-

tegrante de la constitución del Estado. En tales naciones los ciudadanos viven en paz porque la paz reina en las conciencias.

ALFREDO CALDERÓN

EN EL TEMPLO

De fe buscando y de piedad ejemplos, mi observador espíritu me indujo, sagaz y astuto, á visitar los templos. ¡Oh qué asombro tan grande me produjo ver en casa del Dios de la pobreza, aquel derroche espléndido de lujo aquel alarde vano de riqueza! La extensa nave con real decoro se ostentaba magnífica; las luces, iluminando imágenes y cruces, reverberaban en los paños de oro; terciopelos y blondas envolvían altares y esculturas, y un tesoro de joyas que reflejos esparcían al beso de la luz, profusamente brillaba en derredor como un torrente de rayos que á los ojos ofendían. Los mantos que las vírgenes vestían eran de raso, y límpidas y bellas, cual chispas de fulgor resplandecían sobre su campo azul áureas estrellas. De las estatuas en la sien, lucían coronas de diamantes y zafiros, y de su cuello, en esplendentes giros, arracadas de perlas descendían. De tiempo en tiempo al púlpito subían hombres cubiertos con sombrío traje, de mirada torcida y ceño adusto, y al pueblo la palabra dirigían. Era duro su acento; su lenguaje revelaba una cólera salvaje; no era la persuasión lo que empleaban; en lugar de exhortar escarnecían, y en vez de reprender amenazaban. Poniendo su ruindad de manifiesto, mezclaban las políticas pasiones, con ademán altivo y descompuesto sembrando su sermón de imprecaciones. Usando conceptuosas oraciones, hablaban del infierno, de torturas sin fin, de inacabables amarguras, mas todo vago, lánguido y difuso, cual boceto en que se une y amalgama la sombra tenebrosa con la llama, en mezcla informe y en tropel confuso. Inundando la nave por completo, la muchedumbre oía con respeto. Entre la numerosa concurrencia, con los hombres honrados confundidos, y así patentizando su impudencia, vi agiotistas, banqueros de la usura, tras el disfraz de hipócrita dulzura escondiendo sus almas de bandidos; y destacando su gentil figura junto á la virgen de mirada pura, hembras altivas, damas elegantes, de rostros para mí bien conocidos, que contaban á pares los amantes ensuciando el honor de sus maridos; todos mostrando fervoroso anhelo, todos con la humildad en los semblantes y las miradas fijas en el suelo.

PEDRO BARRANTES

LA PASION DE SAGASTA

(De la Biblia en pasta de Carulla.)

Y llegó la hora, y las turbas corrían por las calles pidiendo el tupé de Sagasta; y éste, acompañado de sus ministros, se fué á pasear por la Moncloa.

Y todos estaban muy asustados, y Veragua hablaba de dar suelta á sus bichos.

Y Montilla lloraba.

Y Rodríguez se hurgaba las narices.

Y Canalejas se mesaba el cabello y pronunciaba palabras incoherentes, como si se hubiese vuelto Tesifonte Gallego.

Y Sagasta dijo de pronto, con voz tranquila, rascándose la barba:

—He aquí que vienen á prenderme.

Y llegó Monteros Ríos, acompañado de López Domínguez y de otros López de la concentración, y acercándose á él le dió un beso en salva sea la parte.

Y D. Práxedes, sin poder contenerse, exclamó: —¡Cochón!

Entonces los concentrados le echaron mano y le prendieron.

Y Weyler sacó la espada y le cortó la oreja á Castellanos.

Y los ministros huyeron.

Y Sagasta fué llevado á presencia de Maura, que había heredado el cargo de gran sacerdote por muerte de su cuñado Gamazo.

É interrogado D. Práxedes, dijo:

—Es verdad que yo he perdido las colonias y he arruinado á España, pero vosotros me habéis ayudado en la mala obra.

Y Romero exclamó:

—Blasfemado ha.

Y sonaron muchas voces que decían:

—Condenémosle á cesantía perpetua.

Y los conservadores y los concentrados, aprovechándose de su triste situación, le pisaban los callos y le pellizcaban en todas partes.

Y Navarrorreverter, que es chismoso como una criada, vió á Segismundo el de las hipotecas y le dijo:

—Tú has sido ministro con ese hombre.

Y Moret negó hasta tres veces su complicidad con Sagasta.

Y Pablo Cruz imitó el canto del gallo.

Y entonces D. Segis, recordando su deslealtad, se echó á llorar como un cocodrilo.

Y Sagasta fué conducido á la presencia de Poncio Silvela.

Y éste le dijo:

—¡Hermano! ¡Llevas las de perder!

Y D. Práxedes no dijo ni oste ni moste.

Y Poncio Silvela, viendo que tenía las manos sucias y que oía que apestaba á reaccionario, se lavó las manos en agua de rosas.

Y después dijo:

—Ahora haced de él lo que queráis.

Y Sagasta fué llevado á la Presidencia, y allí le desnudaron de su traje de ministro y le pusieron una corona, y en ella escribieron la siguiente fatídica palabra: ¡Cesante!

Luego le dieron una caña (suponemos que no sería de manzanilla) y le sacaron á empellones de la Presidencia á los gritos de:

—¡Anda pa adelante!

Y la gente, al verle tan descompuesto, decía:

—¡Adiós, Garibaldi!

Y le llevaron al lugar del suplicio.

Y le crucificaron entre un accionista del Banco y un accionista de la Tabacalera.

¡Pero ya verán ustedes cómo resucita!

¡EMPAPELADO!

¡Ese pobre Cardona! Obispo sin obispado, escritor sin gramática, orador sin palabra, vicario castrense sin castrenses, se ha olvidado de su triste misión de «pobre hombre» y ha osado publicar una circular—digna, por su estilo, de llevar la firma de Cavestany—censurando ciertas disposiciones del general Weyler.

Ese señor Cardona no sabe lo que se escribe. El ministro de la Guerra es su superior jerárquico, y le debe, por tanto, obediencia y respeto.

¿A qué protestar, pues, de las disposiciones de éste? Los criados no discuten nunca las órdenes de sus señores. Callar y obedecer, esa es su misión. ¡Se entera el señor Cardona!

El ministro de la Guerra, velando por los fueros de la disciplina, ha llevado al Consejo Supremo de Guerra la circular del obispo de Sión.

Nos parece muy bien; nuestro aplauso al general Weyler.

¡Qué gusto, ver empapelado á Cardona!

¡GLORIA!

Las campanas tocan á gloria. Chiquilla, también dentro de mi corazón están repicando fuerte. Si; yo he vuelto á la vida como el hijo de Dios; yo también he resucitado como él. Verás; sin duda yo estaba muerto, yo debía estar muerto, y desde que nos amamos he comenzado otra vez á vivir.

Acércate y mirame. ¡Quiero morir de una insolación de tus ojos! ¡Cuidado que eres bonita! ¡Te digo que ni hecha de encargo! ¡Y me quieres mucho, mucho, ¡verdad? ¡Oh, qué bien hacen las campanas en tocar á gloria!

Si; esta es la verdadera vida, la vida de la felicidad. No hay nada más triste en el mundo que no ser amado. ¡Si vieras qué desgraciado era antes de conocerte! Un gran cansancio se había apoderado de mi alma. No tenía ni deseos ni ambiciones... ¡Pero si parece milagro de Dios! Te repito que desde que me miran esos ojos con amor y me sonríe esa boca, he comenzado á gozar de la verdadera existencia.

¡Oh, ven! Quiero besarte en la frente, como se besa á las esposas y á las madres...

No es posible, no hay palabras con que poder expresar lo que te amo... ¡Dios mío, qué alegría! Quisiera llorar y reír... ¡Te digo que estoy loco!

Hoy es día de gala. La Naturaleza comienza á despertar, se inicia la primavera. Mira qué cielo más azul y qué sol más esplendente... Y observa que cara más risueña llevan los transeúntes. ¡Qué bueno es Dios y qué buena es la humanidad!

No bajes los ojos y mirame... ¡Cuánta luz hay en tu mirada, alma mía! Asomándome á tus ojos, me parece que veo tu corazón... Quisiera morir-me así, estrechando tus manos entre las mías... ¡Siento todo mi ser abrasado por el fuego del amor eterno!

¡Oyes! las campanas tocan á gloria. El hijo de Dios ha resucitado á la vida eterna, y yo he resucitado también á la verdadera vida... Déjame que te bese en la frente, como se besa á las esposas y á las madres...

¡Oh, mujer, bendita seas!

MIGUEL SAWA

DON QUIJOTE

Número extraordinario en honor de los boers

En la semana próxima pondremos á la venta nuestro número extraordinario en honor de los boers.

Constará de 24 páginas, llevará en la cubierta, tirada á dos colores, un magnífico retrato del viejo Krüger, é irá autorizado con la firma de todos nuestros grandes políticos, hombres de ciencia y literatos.

El importe de la venta de este número lo destinamos á comprar una corona de laurel y oro que enviaremos en nombre de España al heroico general boer Delarey.

Precio del número: 25 céntimos. A los correspondientes y cendadores de Don Quijote, 20 céntimos.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

No hay nada mejor para las comidas de vigilia que el rico *Vino Valgañón*. De venta en la calle del Caballero de Gracia, 56, Bodega del Jatón.

Palabras de Moisés en el Monte Sinai: «Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sección, 13!»

Yo sé el remedio para resolver la cuestión social. ¿Cómo? Pues muy fácilmente. ¡Convidando á los compañeros á una copita ó dos del *Anís del mono!*

¿Queréis saber cuál es la suprema manifestación del arte? Pues visitad el gran almacén de muebles de A. Vallejo, Alcaid, 17. Allí lo averiguaréis.

LA INGLESA

¡Jóvenes, el amor tiene también sus peligros! ¿Queréis evitarlos? Pues visitad *La Inglesa, Montería, 35 (Paseo del Comercio)*. Allí hallaréis preservativos higiénicos de todas clases. ¡Allí hallaréis el remedio contra la enfermedad!

VINOS DE RIOJA

Tinto fino..... 0,50 botella.
Clarete superior..... 0,75 »
Rioja Medoc..... 1,00 »

En botellas con malla precintada.

SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. Depósito, Farmacia, 3, principal.—Francisco Igual, Madrid.

¡INCREDIBLE VERDAD!

Única y verdadera ocasión para gastar bien el dinero en regalos cuyo valor supera siempre á su coste. Objetos de oro de ley garantizado (18 quilates) con hermosísimos y espléndidos brillantes, químicamente perfectos, de más valor, por su constante esplendor y limpieza, que los verdaderos. Descomposición de luz, dureza, lapidación perfecta, imitación maravillosa.

5.000 PESETAS

se regalan á quien distinga estos *Brillantes Alaska* de los legítimos. Gran premio en la Exposición de París.

Anillo para caballero, oro y brillante.....	50 pts.
Idem para id. (brillantes muy gruesos).....	100 »
Alfiler, id. id. (brillantes).....	25 »
Alfiler id. id. (brillante muy grueso).....	50 »
Anillo para señora ó señorita, id. id.	25 »
Pendientes (par) para señorita, id. id.	25 »
Idem para señora, id. id.	50 »
Idem para id. (brillantes gruesos).....	100 »
Idem para niñas (verdadero regalo).....	25 »

Se envían franco de todo gasto por correo, en cajitas certificadas y declarada mercancía, para toda España é Islas.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe en billetes del Banco de España, en carta certificada ó valor declarado.

Envíese la medida de los anillos, tomándola con un hilo alrededor del dedo.

No se hacen descuentos; no se conceden representaciones ni se envían muestras. Gratis á quien lo solicite se envía el dibujo suelto de la joya que se desea comprar. A todo comprador que no se conforme con la mercancía se le devolverá inmediatamente su importe.

Dirigirse al representante general y único de la Sociedad Oro y Brillantes Am. Alaska, G. A. Buys; Corso Romana, 104 y 106, Milán (Italia).

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.